

Naturaleza, hombre, Dios: la tradición judeo-cristiana como fundamento para una visión equilibrada de la ecología.

Federico García Larrain

federico.garcia.larrain@gmail.com

Universidad Católica de la Santísima Concepción

Resumen

El ser humano, al parecer, no tiene un lugar propio en el mundo natural, y al hacerse un hogar perturba el ambiente: necesita de la naturaleza para satisfacer sus necesidades, pero no es parte de ella. Esta falta de armonía hace que se produzca el problema ecológico. Sin embargo, sólo una visión particular del ser humano hace que este problema se presente con claridad como tal, y hace que al ser comprendido pueda ser aliviado. Por una parte, si el ser humano fuera sólo un animal entre tantos, sus actos serían tan naturales como los de cualquier otro. Por otra, si no hay nada por sobre el hombre y la naturaleza existe sólo para satisfacer las necesidades humanas, el problema pasa a ser un problema puramente humano y no ecológico. La encíclica *Laudato si'* del Papa Francisco ofrece, y reafirma, una visión cristiana de la naturaleza como creación de Dios. Las implicancias de esta propuesta son que el hombre no debe explotar indiscriminadamente la naturaleza, por no ser dueño absoluto de ella, pero tampoco estar sometido a la naturaleza, por ser ésta creación de Dios y el hombre su cúspide.

Palabras clave: Ecología, cristianismo, creación, naturaleza, Dios, dioses, culto.

Abstract

Human beings, it seems, are unable to find their proper place in the natural world. When they make for themselves a home they tend to disturb the environment: man needs nature in

order to satisfy his needs, but it is not part of it. This lack of harmony produces the ecologic problem, nevertheless, only a particular idea about man presents this problem clearly as it is, and in so far as it enables its comprehension facilitates its solution. On one hand, if man were only an animal among others, his actions would as natural as those of any other animal, on the other hand, if there is nothing above man and nature exists only to satisfy his needs, the problem becomes purely a human problem, not an ecological problem. Pope Francis' Encyclical *Laudato si'* offers, and affirms, an idea of nature as God's creation. What follows from this notion is twofold: man should not ravage nature, since he is not its absolute owner, but neither should he be subjected to nature, since it is God's creation and man its pinnacle.

Key words: Ecology, Christianity, creation, nature, God, gods, worship.

La manera más fuerte, me parece, de plantear el problema ecológico es plantear la pregunta de por qué es, precisamente, un problema. La fundamentación de un intento de respuesta a esto puede aclararnos las ideas de fondo que subyacen a las distintas posturas.

Es evidente que la ecología plantea un problema, más grave, quizás en nuestros días que en el pasado, pero inherente a la condición humana. El hombre no parece encontrar su lugar en el mundo natural. No es un ser adaptado a ningún nicho ecológico, es más, la naturaleza parece serle hostil: no cuenta con ninguna –o casi ninguna- protección física frente al entorno, que puede superarlo y acabar con él fácilmente. Es débil, corporalmente, más que cualquier otro animal de su tamaño o incluso de menor tamaño. Sin embargo, dado que es un ser corpóreo, necesita del mundo que lo rodea para poder sobrevivir (necesita alimento y protección frente a los elementos del clima). En esta tarea se comporta de manera radicalmente diferente a los demás seres que lo rodean, hace herramientas, por ejemplo, y hace herramientas a partir de herramientas anteriores, y transmite su experiencia adquirida a su descendencia. Si el ser humano fuera simplemente un animal más entre muchos, no habría problema ecológico: las transformaciones que hace del medio serían equiparables a las que hacen algunas especies animales, construyendo nidos, túneles o madrigueras, por ejemplo: un lazo para cazar conejos no sería muy diferente a la tela de una araña. Pero

evidentemente esto no es así: el resultado es que el ser humano está a la vez fuera y dentro de la naturaleza, y esta tensión, en mayor o menor medida, siempre se manifiesta.

¿Pero por qué esto sería un problema? si, a fin de cuentas, por uno u otro cataclismo cósmico, la tierra será destruida ¿qué importa que se adelante un poco su destrucción? Más allá de la reacción –visceral, sentimental– frente a imágenes de destrucción, nos podemos preguntar cuál es el valor real de la naturaleza, intrínseco, de una especie vegetal o animal, o de un ecosistema.

Surgen dos posibles respuestas directas: valorar a la naturaleza por su relación con el hombre, o valorarla en sí misma y por sí misma.

La valoración de la naturaleza desde una perspectiva antropocéntrica puede llevar a varios cursos de acción. El más directo, característico de la modernidad, época en que el hombre (finalmente) logra dominar las fuerzas de la naturaleza, arrebatándole terreno al mar, por ejemplo, o controlando la electricidad, sería el uso de los recursos naturales en función de las necesidades humanas (y éstas siempre crecen). En su versión más fuerte, supondría tratar la naturaleza como propiedad del hombre para ser usada a su arbitrio. El hombre encuentra algo que no tiene dueño y se lo apropia: es la idea del hombre como conquistador de un mundo hostil (en palabras de Francis Bacon “torturar a la naturaleza hasta que entregue sus secretos”, o de René Descartes “llegar a convertirnos en dueños y señores de la naturaleza”). Pese a las reacciones que puede suscitar esta manera de ver las cosas, no parece fácil, a primera vista, formular refutación: después de todo el hombre está en la cúspide del mundo natural por sus capacidades que lo hacen único y diferente respecto del resto de los seres naturales. Si se considera detenidamente, el hecho mismo de que cuestione o evalúe su actuar frente a la naturaleza lo separa completamente del resto de los seres naturales, que jamás han hecho o harían algo así.

Se puede intentar fundamentar una visión de la ecología partiendo desde esta postura. Es bastante común argumentar que el abuso de la naturaleza por parte del hombre se vuelve contra el hombre, lo cual, por lo demás, es cierto. Esta línea de argumentación, sin embargo, mantiene al hombre al centro del problema: habría que evitar el daño porque afecta al hombre, no porque la naturaleza tenga un valor intrínseco. Además, aun siendo

patente el daño a la naturaleza, es complicado comparar el daño de la destrucción con los beneficios que ésta pueda acarrear, y esa tarea quedaría en manos del mismo hombre, que bien podría decidir que daño, cualquiera que sea, es aceptable. No parece ser que el daño al medioambiente se haya vuelto contra el hombre, después de todo, en la época actual vivimos vidas más largas y cómodas que en tiempos de menor contaminación, y la extinción de una especie u otra no parece afectarnos demasiado. Si no se nos informase por la prensa de estos casos, no nos daríamos cuenta, parecen no afectar nuestro diario vivir. Se podría agregar, además, que, dado que el daño afectaría a las generaciones futuras, esto no debería ser un problema para la generación actual. Para que eso entrara en consideración habría que fundamentar un vínculo y relaciones de deberes entre una generación y la siguiente, pero eso es otro tipo de problema. En palabras de Luis XV: “Después de mí, el diluvio”. Dicho de otra manera, si el hombre es la cúspide del mundo natural y si no hay nada por sobre el hombre, la conveniencia parecería ser la única guía real en la relación del hombre con la naturaleza, y esa conveniencia bien puede ser lo que se vive hoy.

La segunda posibilidad es valorar a la naturaleza por sí misma. Es una respuesta que cobra fuerza hoy en vista del daño medioambiental. A veces se apoya en corrientes de pensamiento inspiradas en el indigenismo. No viene al caso desmitificar al “buen salvaje”, basta con mencionar que los llamados pueblos originarios, en los hechos, no siempre son tan amigables con el medio ambiente como los hace la imaginación occidental: los nativos de Nueva Zelanda –por ejemplo– causaron la extinción, por caza indiscriminada, de varias especies de aves autóctonas. Pero más allá de todo esto, puede verse que la elevación de la naturaleza por sobre el ser humano se vuelve, inescapablemente, contra el hombre. El ecologismo contemporáneo ofrece innumerables ejemplos de esto, partiendo por las propuestas para limitar o reducir la población mundial, como lo hace Paul R. Ehrlich en *The Population Bomb*. Si se diviniza a la naturaleza, ésta se transforma en una diosa cruel, bella –quizás– pero dura. El hombre experimenta las fuerzas naturales como superiores a él, inexplicables, inescapables y opresivas. Piénsese en la ferocidad de los grandes depredadores o en las catástrofes naturales, como maremotos, tormentas, o erupciones volcánicas. La concepción de la naturaleza como benigna simplemente no calza con la realidad: si se observa cuidadosamente se ve que la naturaleza es cruel o, si no puede ser cruel, al menos causante de mucho dolor. Piénsese, por ejemplo, en cómo una araña caza a

su presa, cómo la atrapa en su tela, le inyecta un veneno paralizante pero no la mata, la envuelve, para poder volver luego y consumirla... Así lo vio C.S. Lewis y lo dejó plasmado en un poema temprano, de su periodo ateo, sobre la crueldad de la naturaleza, titulado “Satan speaks” que es como un anti-*Cántico del Hermano Sol* de San Francisco de Asís (de dónde toma su nombre la encíclica *Laudato si'*). Y esta diosa, diversificada en varios dioses correspondientes a fuerzas naturales o pulsiones humanas, con frecuencia exige sacrificios humanos, presentes en culturas ancestrales y también en las civilizaciones. Recuérdese la civilización Azteca, por ejemplo, y su sangriento culto al sol, o incluso que, en 1960, la comunidad mapuche de Collileufu sacrificó un niño para apaciguar al mar después del terremoto y maremoto del 22 de mayo. Y en una vuelta irónica, como ya mencionamos arriba, el ecologismo profundo contemporáneo no ha dejado de volverse contra el hombre. Es cosa de ver los llamados a reducir la población mundial, o la frecuente caracterización del hombre como “plaga”. Dentro de una cosmovisión así, la naturaleza no es dañada, es sagrada, pero sí es dañado el hombre que queda anulado, supeditado a la naturaleza.

¿Es posible un equilibrio? Como dijimos al comienzo, la tensión entre el hombre y la naturaleza estará siempre presente, en mayor o menor medida. En la práctica puede haber diversas maneras para intentar conseguirlo, y el Papa Francisco reconoce que las soluciones pueden ser múltiples. Pero desde el punto de vista teórico, me parece que la doctrina judeocristiana de la creación ofrece un equilibrio entre ambos extremos. Afirma lo que es patente, que el hombre es un ser distinto de los demás seres naturales (es barro de la tierra pero también espíritu) y que por sus capacidades está por sobre el resto (es el único que ha logrado domesticar a otros, mucho más poderosos físicamente que él), pero pone a Dios por sobre el hombre.

La doctrina de la creación, además, como indica Benedicto XVI en *Creación y Pecado*, desmitifica a la naturaleza, “relativizando” las fuerzas naturales. Los dioses tradicionales (el sol, el cielo, el mar, la luna, la tierra, el trueno y el rayo) ya no son dioses –fuerzas enormes, caprichosas, impredecibles e incontrarrestables– sino creaturas del único Dios sometidas a Él. Con la doctrina de la creación el hombre encuentra su lugar en un “cosmos” más amplio que rebasa el mundo natural. No es dueño, ni esclavo, de la naturaleza, sino administrador.

La doctrina de la creación permite, también, ver el valor real de los seres naturales, no sólo cómo útiles al hombre, sino como una manifestación de la bondad e inteligencia divinas, buenas en su ser, porque participan, a su manera, del ser de Dios. Dentro de esta perspectiva, la conservación de la naturaleza adquiere un sentido distinto, como afirmación del ser. Lo mismo ocurre con la investigación científica acerca de la naturaleza.

Todo esto lo plantea, como una nueva forma de mirar el mundo, el Papa Francisco en su encíclica *Laudato si'*. El problema ecológico no es sólo un problema técnico, sino que tiene sus raíces en un problema filosófico, y en última instancia, teológico. Mientras no se tenga eso presente, ninguna solución será estable. Para terminar, se puede agregar que la doctrina del pecado original, inseparable de la doctrina de la creación, nos recuerda también que la armonía entre el hombre y la creación sólo puede restablecerse si se restablece la armonía del hombre con Dios, cosa que sólo sucederá completamente al final de los tiempos. Pero este tipo de consideraciones exceden el marco de esta ponencia.

En el mundo actual –con su diversidad de creencias– estas nociones teológicas plantean problemas, puesto que la doctrina de la creación a partir de la nada es parte de la revelación judeo-cristiana. Pero por otra parte las cuestiones que se plantean al tratar de alcanzar una ecología sana, podrían ser el punto de partida para re-descubrir las doctrinas cristianas de la creación, de la espiritualidad del alma humana y del pecado original.

Referencias bibliográficas

Bochenski, J.M.: *Introducción al pensamiento filosófico*, Herder, Barcelona, 1959.

Ehrlich, Paul R.: *The Population Bomb*, Ballantine Books, New York, NY, 1968.

Ferry, Luc: *El Nuevo orden ecológico: el árbol, el animal y el hombre*, Tusquets, Barcelona, 1994.

Francisco (Papa): *Laudato si': sobre el cuidado de la casa común*, Ediciones Universidad Católica, Santiago de Chile, 2015.

Girard, René: *El Chivo expiatorio*, Anagrama, Barcelona, 1986.

Ratzinger, Joseph: *Creación y pecado*, EUNSA, Pamplona, 2005.

Whelan, Robert: *Indómito en los bosques: El mito del buen salvaje en el ecologismo*, Ediciones Finis Terrae, Santiago de Chile, 1999.